

Ricardo J. ZEVADA

En un país como el nuestro, de grandes diferencias sociales, en el que encontramos pequeños grupos dueños de enormes riquezas y una masa campesina creciente en la más profunda miseria, uno debe examinar, más que las perspectivas de crecimiento y mejoría de aquellos grupos, las que puedan apuntarse para esta gran mayoría de necesitados y menesterosos.

Nadie va a negar que el país ha experimentado, en casi todos los renglones de la producción económica, un desarrollo considerable. Todos los días, en la prensa y en los estudios de los especialistas, aparecen las cifras de este crecimiento. Los beneficiarios de él y quienes lo analizan solo cuantitativamente, complacidos y satisfechos, nos hablan repetidamente del "milagro mexicano" como se produjeron, dicen ellos, los milagros alemán y japonés.

Los diferentes regímenes gubernamentales se envanecen por el fenómeno y participan ampliamente de los halagos de propios y extraños, aunque algunas veces hablen de las carencias y de la insatisfacción de las necesidades de los grupos mayoritarios de la población.

Se han previsto obstáculos y se han considerado circunstancias futuras, que pueden detener el ritmo del desarrollo ya alcanzado; se hacen consistir en lo limitado de la demanda de un pueblo tan pobre como el nuestro y lo estrecho de las posibilidades de ganar mercados externos con producciones escasas y caras; pero va a transcurrir algún

tiempo —si aquellos obstáculos no operan pronto— para que la estabilidad política, la corriente de turismo, la inversión del ahorro interno y de los créditos extranjeros, dejen de rendir el dividendo de un producto nacional en crecimiento, aun cuando los factores que lo mantienen, como muchos especialistas lo afirman, estén prendidos con alfileres que pueden desprenderse y dejar caer nuestro encomiado “milagro”.

Admitiendo pues, con esas reservas, que el desarrollo económico continúe y podamos todos los años jactarnos de un avance neto de 3 ó 3.5%, la reflexión que todos se hacen, pero que pocos dicen, es que será casi exclusivamente en beneficio de las clases ricas de la población, porque es a ellas a las que va, proporcionalmente a su número, la mayor parte del ingreso en aumento, así obtenido. Las ventajas que se logran son para unos cuantos y la gran mayoría poco se beneficia.

Las más amplias y seguras perspectivas del desarrollo económico, que pudieran con fundamento científico expresarse, no serían pues del desarrollo económico de México, sino del crecimiento de la fuerza económica de las clases dominantes: propietarios rurales y urbanos, industriales, banqueros, comerciantes, políticos, etcétera, miembros unos y otros de oligarquías nacionales y regionales que han adquirido un poder y una fuerza que nunca tuvieron antes los ricos prerrevolucionarios. A esos grupos se suman los integrantes de una clase media, también en crecimiento, de profesionales, empleados, obreros calificados, deseosos de mantener un *status* que les garantiza un ingreso seguro y muchos otros beneficios.

Si todas estas gentes, de los estratos superiores y medios, aun con precarias perspectivas, siguen obteniendo su tajada, que puede ser cada día mayor o por lo menos igual a la que han venido logrando, estarán felices; afirmarán con entusiasmo las perspectivas positivas del desarrollo, cerrarán los ojos a las negativas, y no estarán dispuestos a compartir sus ingresos, con quienes muy poco tienen, es decir, con la gran mayoría de mexicanos. Para estos seres pobrísimos el desarrollo económico nada significa. Sin que se quiera negar que amplios grupos han alcanzado beneficios indudables, éstos no se han podido extender, porque cada día es mayor el número de campesinos sin tierra, y el de desocupados en los centros urbanos, chicos y grandes.

Se ha dicho mil veces que todo esto es consecuencia directa, lógica por lo demás, de la estructura socioeconómica del país; que no va a cambiar con frases, cifras, artículos y discursos que sólo tratan de empañar la realidad, creando el espejismo de un “milagro” económi-

co, cuando lo real es que si subsisten varios millones de seres humanos, es, eso sí, por un verdadero milagro.

Los esfuerzos que se hacen para impulsar la industrialización son inobjetables en principio, por mas que no acaban de obedecer a un plan meditado y sistemático, pues son muy frecuentes las ocasiones en que se cambia de ruta o de política, provocando constantes dificultades que hacen muy penosa la marcha y en consecuencia se fomenta el alejamiento de las inversiones. Con todo y que el crecimiento industrial no puede calificarse de insignificante, mucho más se hubiera logrado si, a las muy importantes obras de infraestructura, se sumara una política en la que la iniciativa no se dejara casi totalmente a los particulares. Por ejemplo que la Nacional Financiera promoviera constantemente nuevas industrias y las creara, poniéndolas en operación.

Con un dinamismo que antes no reveló, la iniciativa privada parece interesarse ahora más en empresas industriales; empero, más se lograría si por fin se hiciera una definición de política industrial, evitando las marchas y contramarchas que los funcionarios públicos de todos los tamaños se empeñan en realizar. Es natural que en las actuales condiciones las perspectivas del desarrollo industrial sean menores.

Pero la mayor limitación está en el campo y es equivocado pensar que sólo industrializando se salvará de la miseria a los millones de campesinos sin tierras.

Los economistas más serios y responsables han estado diciendo, al estudiar los problemas del desarrollo en México, que nuestra industrialización, la grande o pequeña que se ha producido, aparece apenas cubriendo a la gran masa de desheredados, sin remediar sus necesidades en forma radical. Podría imaginarse como la falsa costra de una herida no curada; la salud externa y aparente oculta un tejido purulento que a la postre hará desaparecer la cicatriz ya conseguida.

Se antoja pensar que todo está encerrado en un círculo vicioso: la solución de los problemas del campo está en la industria, pero la industria no puede crecer mientras los problemas del campo no se resuelvan.

No es leal a la Revolución ni a los campesinos que la hicieron, escamotearles las tierras buenas, de labor, de riego o de humedad, entregadas bajo el título de pequeñas propiedades a los neolatifundistas, que algunos regímenes revolucionarios han propiciado; ni decirles que ya no hay tierras que repartir, que esperen la “segunda etapa de la reforma agraria” y a que el país se industrialice para darles ocupación y que puedan salir de la pobreza.

Qué duda cabe que hay una mala distribución del ingreso, que nadie va a corregir con simples y temerosas soluciones tributarias: debe también declararse que hay aún una mala distribución de las tierras, por ese escamoteo de la realidad agraria, a la que no quiere darse solución.

Con esos asentados, es fácil afirmar que las perspectivas del desarrollo no pueden ser optimistas. Que no lo vean quienes no quieran ver o aquellos que, deliberadamente, se propongan ocultar la realidad.